

El Eco de Cartagena.

AÑO XXVII

DIARIO DE LA NOCHE

NÚM. 8047

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 18 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, se reserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo los casos de obligación legal.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Viernes 27 de Julio de 1888

El Elixir de Proto-cloruro de hierro con hipofosfitos de cal y de sosa, (véase en la cuarta plana.)

POZOS NEGROS SISTEMA DE MR. MOURAS.

Según los datos publicados por el Memorial de Ingenieros, este sistema de pozos negros, obligatorios para esta ciudad por virtud de acuerdo del Excmo. Ayuntamiento, previo informe de la Junta de Sanidad, está dando en París los mejores resultados y se extiende por todas partes, pudiendo apreciarse en los cuarteles donde el ramo de Ingenieros de esta plaza los ha instalado ya.

Se reduce á una cámara impermeable y completamente cerrada, llena de agua hasta cierta altura, en la cual se sumerge unos 18 centímetros el tubo de caída de las materias de latrinas, aguas llovedizas y fregados, y el tubo de salida que después de salvar la superficie superior se encorva para desaguar en una cañería que va á una alcantarilla ó á un depósito cualquiera.

Hállase herméticamente cerrada la cámara por el más seguro de los cierres, el hidráulico, y su contenido se halla al abrigo del contacto con la atmósfera.

Por concisiones no explicadas todo lo que recibe el depósito y sin auxilio de ingrediente alguno, queda convertido en un líquido homogéneo muy poco turbio y oloresado, casi inodoro.

La cámara se va limpiando por el mismo automáticamente y su incomunicación con el exterior hace desaparecer toda infección.

El inventor ha instalado depósitos que funcionan hace más de 20 años y se han hecho varias experiencias con gran éxito. Una capacidad de dos metros cúbicos basta ampliamente para una casa que contenga de 20 á 25 personas.

En París se construyen de zinc ó de hierro galvanizado de diferentes formas y dimensiones.

Todo pozo negro actual puede convertirse en el del sistema Mouras, limpiándole y haciéndole impermeable.

La incomunicación del exterior con el interior indispensable al sistema, dificulta la extracción de todo cuerpo extraño arrojado por los tubos de bajada y exige vaciar el depósito, pudiendo evitarse colocando debajo de los tubos y sumergido en el agua un recipiente de tela metálica unido á la bóveda por varillas giratorias que permitan, con ayuda de una cadena, llevarlo hasta el citado registro para vaciarle allí, operación que puede verificarse en breve tiempo, antes del que, según las experiencias, se necesita para que empiecen á formarse los gases melíticos.

Según el autor, la superficie de los depósitos debe ser de un metro cuadrado por cada diez personas, á fin de que la capa superior de materias sin descomponer no tenga más de siete á ocho centímetros, pero como una persona produce por término medio 25 centilitros de materias fecales, y éstas tardan 30 días de descomponerse, parace que la superficie exigida por Mr. Mouras es doble de la necesaria.

Según experimentos, en 20 días se disuelven todas las deposiciones sólidas, á excepción de materias no digeridas. Los cuerpos ligeros nadan en la superficie durante algún tiempo y luego descienden para sufrir su descomposición: lo mismo sucede con todos los cuerpos solubles, papeles, etc., que desaparecen luego como derretidos.

Un litro del líquido que salía del depósito no exhala más que olor muy débil y diluido en diez litros de agua apenas la enturbia sin producir pozo alguno dejando reposar la mezcla. Un litro de esta mezcla en otros diez de agua da un producto limpio é inodoro.

Dentro de la cámara no se nota presión que indique desprendimiento de gases. La disolución de las materias parece ser más activa cuanto mayor es la cantidad de agua que entra en la cámara.

Variedades.

LA RISTORI Y UN SENTENCIADO A MUERTE.

A continuación insertamos un capítulo de Las Memorias de la Ristori, en el que se narra con brillante y animado estilo un episodio conmovedor de la célebre trágica. Para nosotros es doblemente interesante, porque el hecho aconteció en nuestra patria.

El 16 de septiembre de 1857, y en el teatro de la Zarzuela de Madrid, inauguré la serie de mis representaciones con *Medea*, y obtuve del entusiasmo de los madrileños todo lo que solo con dificultad se otorga á una actriz. El teatro estaba de hote en hote. La reina Isabel dotada de un sentimiento artístico muy delicado, se hallaba en un palco, y no perdía un gesto ni una mirada de los actores, prorrumpiendo á cada instante en vivas exclamaciones.

A la noche siguiente representé *María Stuarda* y *José de Miramón*.

El 21 tuve que repetir *Medea*. Aquella noche me ocurrió un hecho muy conmovedor, cuyo recuerdo quedó grabado en mi alma y en mi corazón.

Había ido al teatro á la hora acostumbrada; un hermoso salón de conversación precedía á los cuartos de los artistas. Mientras mi doncella preparaba lo necesario para vestirme, los demás artistas y yo nos pusimos á pasar revista á todos los magníficos é interesantes recuerdos históricos que en aquellos días habíamos visto, así como á las costumbres tradicionales de ese hermoso país que tanto sorprende al que le visita por primera vez.

—A propósito—pregunté—¿qué puede significar esa campanilla que va tocando hoy por las calles un hermano de una cofradía?

Me respondieron que tenía por objeto recoger limosnas para sufragios por el alma de un condenado á muerte llamado Nicolás Chapado, cuya ejecución estaba señalada para el otro día. El infeliz era un soldado que en un movimiento de cólera había echado mano á su sable para vengarse de un sargento que le había pegado. Supe también que su hermana, ignorante de todo, hallándose por casualidad en una tienda, y habiendo visto uno de los cofrades recolector de las limosnas, preguntó el nombre del que iba á ser fusilado al otro día. Le respondieron que era Nicolás Chapado.

A esta terrible noticia cayó en tierra desvanecida. Este relato me llenó de tristeza.

—¡Dios mío!—dije—mientras nosotros estamos contentos y alegres, esperando a lazos y triunfos, ese desgraciado cuenta los minutos que le quedan de vida.

Con el alma llena de tristeza me retiré á mi cuarto. Poco después dos personas preguntaban por mí.—La señora se está vistiendo—les dijeron. Viendo que era inútil insistir expusieron á mi marido la pretensión con que venían. Trábase del infeliz Chapado, á quien querían salvar.

Emocionado mi marido corrió hacia donde yo estaba y me dijo:

—¿Sabes que un hombre está condenado á muerte y deben fusilarle mañana?

—Ya lo se—le respondí.

—Pues bien, dicen que tienes su vida en tu mano, que si quieres podrás salvarle....

Al oírle palidecí... Un sudor frío recorrió todo mi cuerpo....

—Una comisión ha venido ahora á decirme, y dentro de un rato volverá. Este infeliz es un buen hombre que lleva doce años de servicios irreprochables. Sólo cediendo á un movimiento de cólera ha echado mano á la bayoneta contra el sargento, que le quería mal y acababa de pegarle delante de los compañeros. La vida de este hombre depende de la reina, que, según dicen, te quiere mucho. Pídele su perdón y no te lo negará.

—¡Pero me juzgará loca!—le dije yo consternada—¿Qué soy yo en comparación con los que ya se le han pedido inútilmente? ¡Oh, no me atrevere!

Sin embargo, volvió la comisión á decirme lo que yo sabía ya. Báluceé; no podía hablar una palabra... ¡Tan grande era mi turbación! Por fin, rindiéndome á sus ruegos prometí hacer la prueba. Pero entonces surgió una dificultad. El general Narváez, duque de Valencia, Presidente del Consejo de Ministros, era temido por su excesiva severidad, y querían que la súplica se hiciese á espaldas suyas y á la reina directamente.

—¡Eso no!—les dije.—He venido recomendada al general, he visto en él un hombre franco, leal, distinguido, amable; así que á él pienso acudir primero. Siempre ha seguido el camino recto.

—Pero ¡perdéis á ese pobre hombre!—me dijeron.

—¿No está ya perdido?—le contesté;—dejadme hacer.

Bajaron la cabeza, y se retiraron persuadidos de que mi derrota era segura.

Afortunadamente, el Presidente del Consejo estaba en el teatro, y le mandé á decir que le suplicaba viniese á verme. El duque de Valencia, siempre galante, acudió en seguida; me quedé sola con él y le invité á que se sentara. Mi aspecto y mi voz, que revelaban la emoción de que era presa, le asombraron.

—General, varias veces me habéis dicho que es tan grande el aprecio en que me tenéis, que no podríais negarme un favor que se me antojara pedir. ¡Perdonad, pues, á ese pobre soldado! Soy extranjera, estoy en Madrid desde hace muy poco tiempo; pero el interés que á todo el mundo inspira ese infeliz, me da á entender que lo merece. Me han dicho que acudiese directamente á la reina sin decir nada; pero estoy convencida de que á vos es á quien debo recurrir primero, segura de que, gracias á vuestro eficaz apoyo, mi palabra podrá llegar más fácilmente al corazón de la reina. Sé el aprecio en que os tiene y la confianza de que os da pruebas....

—Mi buena señora—respondió el duque—¡es imposible!... Lo siento, pero hace falta un ejemplar. Nuestras revoluciones empiezan casi siempre por el ejército... En poco tiempo han ocurrido varios hechos semejantes... Se ha tenido clemencia, y ya véis el resultado. Hay que hacer un ejemplar. El Ayuntamiento en pleno ha ido á pedir ese perdón á la reina hace un momento, y la he aconsejado que no ceda, que no se deje conmovir. Después de esto, ¿cómo puedo comprometerla á que haga lo contrario?

No me desanimé con esto y logré conmovir al duque de Valencia.

—¡Ah, señora—me dijo emocionado—cedo á vuestra súplica!... Escuchadme bien: pedid

una audiencia á S. M. y os será concedida inmediatamente. Seréis recibida en un entre-acto. Arrojaos á sus pies; defended la causa de ese infeliz del calor que la habéis defendido ahora, suplicad. La Reina os quiere mucho... la pondréis en un aprieto... os dirá que el presidente del Consejo se opondrá... Entonces haced que me llamen, iré... y... aguardad... No os digo más....

La emoción me ahogaba, impidiéndome responder á sus palabras. Le cogí la mano con transporte y seguí su consejo.

Apenas salió el general, todos vinieron en tropel hacia mí, abrumándome en preguntas.

—¿Qué ha dicho?

—¿Consiente?

—¿Lo ha negado?

—¡Calma, señores, calma, por favor! ¡Dejadme... nada puedo deciros... esperad!

Terminado el primer acto la Reina me concedió la audiencia que le había pedido, y acompañada por uno de mis empresarios, el señor Barbieri, subí al palco regio. Me rogaron que esperase en el salón contiguo á él, y allí estaba, cuando de pronto, estallaron voces confusas, lamentos, ruido de pasos precipitados; era que un rival de Narváez, un coetáneo, para hacer quedar mal al duque, quería introducir bruscamente en el palco, sin advertir antes á la Reina, á la hermana del pobre Chapado. La llegada de Narváez hizo fracasar la tentativa; pero la Reina, turbada por los sollozos que había oído, se sintió desfallecer, mas apenas vuelta en sí, hizo que me introdujeran en su palco, y desandando las manos que me había tendido.

—¡Majestad, gracia para Chapado—grité

—Sed clemente con un desgraciado que no ha podido sufrir un insulto sangriento inferido delante de sus camaradas. Conceded la vida á un súbito sumiso, pronto á verter su sangre por su Reina. Si mis escasos méritos han tenido la fortuna de conquistarme la simpatía de V. M., otorgadme la gracia que de rodillas os pido.

Enternecida la Reina me dijo:

—Tranquilizaos, señora, tranquilizaos... yo quisiera... pero el presidente del Consejo dice que...

Entonces me atreví á interrumpirla.

—Si V. M. accede á lo que mi corazón generoso le dicta, el presidente no se atreverá á ser tan inhumano.

Narváez dió un paso adelante, inclinando la cabeza en señal de asentimiento. Entonces la Reina, estrechándome la mano me levantó.

—Pues bien... señora... si... le perdonaremos!

Al oír el ruido que hacia el público pidiendo que continuase la representación me despedí de S. M.

—Esta noche se representan varias tragedias. Esta, por lo menos, acabará en bien—me dijo. Y pidiendo una pluma firmó la gracia solicitada. Uno de sus ayudantes corrió á comunicarla al sentenciado.

La gente me rodeó al pie de la escalera porque se había enterado la noticia de mi tentativa cerca de la Reina. No bajé los escalones, volaba gritando:

—¡Se ha dado el perdón! ¡Se ha dado el perdón!

A mi salida á escena estalló una temporada de aplausos y gritos. En el entusiasmo de los espectadores, el nombre de la Reina se confundía con el mío. Indiqué por gestos que á ella se la debía todo el agradecimiento. Y al que la Reina, buena siempre y cariñosa, gritaba desde su palco:

—¡No, no... á ella... á ella.

Debo á esta Reina una de las noches más